

aforismos, paradojas y reflexiones

Mijaíl Málishev*

El aforismo, y vinculado estrechamente con él la paradoja, es un género de cámara que presupone en el lector concentración y esfuerzo intelectual, probablemente por eso tiende a ser considerado una lectura más filosófica que literaria. En todo caso, no hay ninguna duda en que la aforística es un género sintético en el cual la agudeza del pensar exige una expresión lacónica y la palabra afilligranada presupone una sorpresa.

Como en los proverbios y dichos, a la aforística, aunque, indudablemente, en menor medida, le es inherente un efecto de reconocimiento y un deseo involuntario de que el lector haga propia la idea ajena.

Esperanzas y preocupaciones

Cuando un científico o escritor célebre empieza a ponerse calvo se deja crecer la barba y el bigote y con esa semblanza le conocerán las generaciones venideras.

Un día ya no estaremos y sin embargo, nos importa quienes somos; incluso tratamos de acrecentar la razón de nuestro ser, sabiendo que algún día ya no seremos.

Cada anciano es un refugiado exiliado a la contemporaneidad de una época anterior.

Siempre esperamos algo más de la vida y rara vez la abandonamos satisfechos. No entendemos que la vida nos da promesas, pero no se apresura para cumplirlas.

Es más fácil prometer que no arrepentirse de lo prometido.

Una parte de la vida la pasamos preocupándonos de asuntos que no van a ocurrir, y otra parte nos preocupamos por acontecimientos que no los habíamos pensado.

“El mañana” es un remedio universal que nos evita convertirnos en víctimas de la agresividad de las preocupaciones de hoy.

Sólo cuando esperamos impacientemente la llegada de algo o de alguien, sentimos el tiempo convertirse en devenir.

Qué es la vida sino quehaceres eternos en el presente que se alimentan de la ilusión de disminuir el peso de preocupaciones futuras.

El hombre puede no hacer nada, pero no es capaz de

superar el último contratiempo: dejar de preocuparse de su propia existencia.

A veces tenemos tantas preocupaciones que ni siquiera tenemos tiempo para pensar: ¿vale la pena cumplirlas?

Antes todo era mejor: las filas de los adeptos de la fe en un futuro radiante fueron más amplias y la misma fe fue más firme.

Sólo *temporalmente* olvidando el *tiempo*, se puede crear algo que puede soportar la prueba del *tiempo*.

Siempre estamos en el presente, pero la memoria y la imaginación lo hace menos habitable para nuestra existencia.

* Facultad de Humanidades, Universidad Autónoma del Estado de México.
Teléfono: (722) 2 13 14 07.



Nuestras capacidades son puentes que unen la experiencia del pasado con la esperanza de un futuro mejor.

La esperanza de mañana es preferible que la gloria de ayer; si no fuera así, no reverenciáramos ante la grandeza de los clásicos.

El ayer nos otorgó la experiencia, el mañana nos regala la esperanza y el hoy nos impuso la preocupación para enfriar la impaciencia de la esperanza con la sobriedad de la experiencia.

El hábito es la segunda alma del hombre que perdió la esperanza.

Algunas desdichas exigen soluciones urgentes, otros las cura el tiempo y con otras más tenemos que aprender a convivir.

Quién perdió la esperanza en el futuro bien podrá disfrutar el presente, pero esta idea ni siquiera se le ocurre.

Es difícil estar a la altura de las exigencias de nuestros días sin asumir el riesgo de convertirnos en neuróticos o estar al borde del infarto.

Sólo la muerte convierte a la vida en una obra acabada; mientras la vida perdure, no es posible ponerle punto final.

Un día llegará nuestro "último día" y hasta entonces no sabremos que significa vivir cada día como si fuera el último día.

La vida es la preocupación de hoy sobre los objetivos de mañana que se olvidarán pasado mañana.

Tratamos de "podar" la incertidumbre del porvenir con las "tijeras" de la esperanza, pensando que el futuro resulte, por lo menos, no peor que el presente.

Cuando uno siente que todo es posible, empieza a pensar en lo imposible y esta falsa ilusión frecuentemente le lleva a la bancarrota.

Algunos quisieran hoy resolver los problemas que, quizá, pudieran solucionarlos con menor esfuerzo mañana, pues tienen la ilusión que mañana van estar libres de toda preocupación.

El desencanto desploma las alas de la esperanza, y la desesperación corta las alas del sueño no realizado.

Uno no está preparado para lo peor, si siempre espera lo mejor.

Las decisiones apresuradas pueden no ser bien pensadas, pero nos ayudan a superar los suplicios de la vacilación.

Quien suscita muchas esperanzas, corre el riesgo de ser deudor de promesas incumplidas.

El objetivo señala el camino, la voluntad nos hace no perderlo, y la esperanza promete la felicidad después de andarlo.

Para tener buena suerte no es suficiente crearla, hay que tener otras posibilidades.

Sólo contando los segundos en las noches de insomnio, podemos acercarnos a la vivencia del devenir.

Antes del uso de los analgésicos, la conciencia del moribundo se disolvía en su dolor. La anestesia moderna, elimina de la conciencia del moribundo la idea que está muriendo.

El hombre tiene pasión por hacer algo importante, pero resulta que previamente tiene que hacer un montón de quehaceres secundarios y cuando, por fin, empieza a realizar lo principal resulta que ya no tiene tiempo o que su pasión se apagó.

Siempre esperamos algo, aunque nadie nos prometa nada.

Si la vida en el presente se agota por las esperanzas sobre el futuro o por los recuerdos del pasado, entonces este presente es muy aburrido.

La esperanza nos apasiona y la embriaguez que provoca nos impide observar los peligros que nos acechan en el futuro.

El tiempo es dinero, ya que el dinero da la posibilidad de disfrutar el tiempo.

Algunos nacen con la mueca de la aversión a la vida y no la cambian hasta convertirse en un cadáver.